Transición a la democracia en México

Wilfrido Perea

Presidente del Centro de Investigaciones Sociales Interdisciplinarias (CISI)

ocos términos tan utilizados, pero a la vez con tantos significados distintos, han sido empleados en los últimos años como la palabra transición.

La palabra refiere el pasar de un estado a otro distinto. Implica el momento en que se ha salido de un lugar para llegar a otro. Así, la transición implica movimiento, alude a un cuerpo dinámico, no en reposo.

Casi por costumbre se da por sentado que una transición política y social alude al paso de un régimen autoritario a uno democrático. Hasta allí el consenso. El problema viene al tratar de enunciar en qué momento de la transición se encuentra México. Al respecto existen varias posturas.

Existen discrepancias en cuanto al momento que comenzó la transición en México. Algunos la ubican en 1968, tras las movilizaciones estudiantiles; otros la sitúan en 1977, por la Reforma Política diseñada por Jesús Reyes Herodes, que permitió la inclusión de nuevos partidos, dotó al sistema de representación de nuevas reglas e impulsó una Ley de amnistía para presos y perseguidos políticos; otros más la fechan en la resistencia cívica de mediados de los años ochenta en las elecciones del norte del país; otros, en 1988 con la campaña de Cuauhtémoc Cárdenas a la Presidencia del país por el Frente Democrático Nacional; otros con el primer triunfo panista en una gubernatura; otros con el levantamiento zapatista del 1 de enero de 1994; otros con el asesinato de Luis Donaldo Colosio; otros con la creación del IFE y de las condiciones de imparcialidad electoral; otros más la fechan el 6 de julio de 1997, cuando Cárdenas gana las elecciones para gobernar la ciudad de México; otros más

recientes, afirman que la transición comenzó el 2 de julio de 2000.

¿En dónde estamos? Para unos la transición culminó con éxito cuando el sistema electoral permitió la alternancia en la Presidencia de la República. Para otros, la transición se encuentra en su proceso más vertiginoso con el mandato de Vicente Fox. Y también, aunque son menos, hay quienes consideran que la transición mexicana ha sido truncada, o al menos suspendida, por el errático estilo de gobierno de la actual administración, o bien por la escasa voluntad política para dirigir con éxito la última etapa que supondría la concreción de la efectiva democratización en Méxi-

Pero más allá de onomásticos, es innegable que México se ha transformado de manera acelerada. Tan solo mirar la estructura formal de gobierno da cuenta de ello.

Hoy la Presidencia no es la institución de hace unos veinte años. No es sólo por el estilo a veces informal del actual mandatario. Tampoco ha cambiado el marco legal. La trasformación se ha operado desde fuera, en aquellas facultades extra legales con las que contaba el primer mandatario. Hoy dispone de menos recursos y es más fiscalizado; la administración pública no es el botín personal de nadie; el presidente no controla a su partido, mucho menos a los otros poderes: el Congreso o a la Suprema Corte de Justicia; los medios de comunicación pueden cuestionar sus decisiones e incluso hacer mofa de él. Y no menos importante: México depende en gran medida de variables internacionales que el presidente no puede controlar.

Pero la Presidencia, objeto natural de las miradas de quien observa un sistema político y social que ha sufrido modificaciones, no es el único elemento que se ha transformado. Ha sido todo el sistema en su conjunto, pero sobre todo la sociedad mexicana.

Son cambios que a veces resulta difícil medirlos, pero que se perciben de manera cotidiana. La gente puede estar más informada de lo que pasa en su país y en el mundo, y la democratización de la información ha traído consigo la posibilidad de cuestionar los valores de autoridad tradicionales. Ello, por supuesto, ha traído ventajas, pero también inconvenientes.

La posibilidad de abordar cualquier tema en los medios de comunicación es, por ejemplo, hoy un asunto cotidiano. Hoy es el público quien selecciona los programas y sus contenidos, no algunos invisibles censores que tenían la facultad de decidir qué es lo que los mexicanos debíamos ver y escuchar. Pero esa misma libertad, paradójicamente no se ha transformado en mejores contenidos. Finalmente los medios son empresas, lucran con la información o el entretenimiento. El compromiso ético queda relegado al interés comercial. Su papel se ha transformado. Su enorme poder e influencia puede destruir la reputación y la carrera de cualquier personaje público. De allí al chantaje solo hay un paso. Los medios son empresas comerciales, y utilizan los medios a su alcance para incrementar su influencia.

Los empresarios, en todos los sectores, están conscientes de su papel protagónico. La liberalización comercial y política, ha provocado que se reafirmen como uno de los grupos más poderosos en el país. Pero no son un cuerpo homogéneo. Existe una multiplicidad de intereses en ellos que la negociación se vuelve a veces imposible. Lejos están aquellos tiempos en los que se apelaba al compromiso de empresarios nacionalistas, los derroteros de la globalización han agudizado la voracidad de los intereses particulares. En México la llamada iniciativa privada, ni tiene mucha iniciativa, ni es tan privada, sino que ha logrado amalgamar sus intereses con la elite

POLÍTICA & SOCIEDAD 7

gobernante o con el capital internacional, muy por encima de los requerimientos de la sociedad mexicana. Hace falta mucho aseo y ética en la manera de hacer grandes negocios por parte del empresariado mexicano.

Así, la pluralidad se ha vuelto el signo distintivo de nuestros días. No se puede hablar del empresario mexicano, sino de los empresarios, distintos cada uno del otro. Imposible hablar tampoco de «la Iglesia mexicana»; existen varias religiones importantes en este país, y la misma Iglesia católica, no es homogénea a su interior. Incluso dentro de cada partido político cohabitan corrientes antagónicas, con proyectos e intereses tan distintos que parecerían adversarios, de partidos distintos.

Esa pluralidad de visiones también se observa, por supuesto, en el gabinete presidencial. Nunca como hoy ha existido tanta libertad en las responsabilidades de los ministros en este país. Ello sería loable a no ser porque el Poder Ejecutivo en muchas ocasiones se enfrasca en estériles conflictos internos. Los objetivos de una oficina se encuentran con los de otra, y si cada área tiene distinto rumbo, el escenario menos desafortunado es muchas veces la parálisis.

Una transición democrática no significa la desaparición de la administración estatal. Si el Estado se retira de sus responsabilidades, esos espacios pueden ser llenados por la ciudadanía en el mejor de los casos, pero no en todos. Cuando otros grupos de poder vulneran la autoridad y soberanía del Estado, no es síntoma de un gobierno democrático, sino de descontrol, de un gobierno débil, incapaz de ejercer responsabilidades mínimas.

Cuando alguien vulnera el Estado de Derecho,

sea algún grupo de empresarios, de ciudadanos enardecidos o de campesinos sin tierra, en realidad se vulneran los cimientos mismos de la sociedad. Por ello, la delincuencia organizada, el narcotráfico, el contrabando, la corrupción, no entienden de transiciones democráticas o de promesas de campaña, al contrario aprovechan las dubitaciones para afianzar sus poderes informales. El Estado parece perder la facultad del uso exclusivo de la violencia. Eso no es democracia.

Por eso, quizá el problema mayor se encuentre en las expectativas que la promesa de transición democrática sembró. La tarea de Vicente Fox y el PAN para hacer a un lado la hegemonía priísta fue enorme. Prácticamente imposible de cumplir de no haber sido por el manejo de las esperanzas de millones de mexicanos. Pero su mejor arma ahora puede convertirse en su peor enemigo y en el peor enemigo de la misma democracia.

Las expectativas del cambio fueron demasiadas. ¿Cómo justificar ahora el desempleo? ¿Cómo explicar la delincuencia? ¿Cómo hacer entender ahora que no todo era cuestión de voluntad? ¿Cómo explicar que una transición a la democracia no puede realizarla sino de manera cotidiana cada uno de los mexicanos, y que ello implica responsabilidad, conciencia del entorno, conciencia de las capacidades y limitaciones de los gobernantes y de las de los ciudadanos?

> La cancelación de las esperanzas puede acarrear frustración, escepti-

cismo, desconfianza, rencor; ingredientes nocivos para una democracia que aspiraba a no limitarse a los pro-

No es menor el valor que implicó la alternancia en la Presidencia de la República, empero hace falta visión estratégica y liderazgo para reencauzar el complicado entramado de intereses particulares que con extrema tensión cohabitan en el México contemporáneo.

La ciudadanía es el único agente capaz de garantizar la efectiva democratización, por ello mismo es grave que ante el desencanto cunda la apatía y el desprecio por la política. Son los propios miembros de la clase política quienes se han encargado de vulgarizar la política. La transición no culminará en automático y más vale reflexionar acerca de sus alcances, actores y contenido ético; de lo contrario con el grosero pragmatismo y mezquindad que hoy impera en la vida política mexicana se invoca peligrosamente al fantasma de involuciones no deseadas.